

MISA DEL JUEVES SANTO

En el corazón del Triduo Pascual, la «Misa en la Cena del Señor» puede sorprender por su matiz eucarístico del todo particular. En efecto, con el paso de los siglos la consideración de la Eucaristía, dentro del Misterio Pascual de Cristo, ha quedado fuertemente marcada por la fiesta de *Corpus Christi*. En ella se celebra, de manera muy remarcada, la Presencia Eucarística del Señor. En cambio, como veremos en lo que sigue, la “Misa en la Cena del Señor” considera la Eucaristía como sacramento de la Ofrenda sacrificial de Cristo en su Cruz “por” nosotros, como sublime obra de su amor. Veamos el canto de Entrada y de Comunión.

1. El Introito: *Nos autem gloriari oportet*¹

The image shows a musical score for the Introit. It consists of a single melodic line on a five-line staff. The music is written in a square-note style, characteristic of Gregorian chant notation. The lyrics are written below the staff, aligned with the notes. The text is in Latin and includes a large initial 'N' for the first line. The score is divided into measures by vertical bar lines. The lyrics are: 'NOS au- tem * glo-ri- á-ri opór- tet in crú- ce Dó-mi-ni nóstri Jé- su Chrí- sti : in quo est sá- lus, ví- ta, et re- surrécti- o nó- stra : per quem sal- vá-ti, et lí-be-rá- ti sú- mus. Ps. Dé-us mi-se-re-á-tur nóstri, et bene- dí-cat nóbis : * illúminet vúltum sú-um su- per nos, et mi-se-re-á-tur nóstri. Nos au- tem.'

¹ Nota sobre la autora: Gianmartino, Maria Durighello, compositora, directora y maestra de coro, ocupa la Cátedra de Ejercicios Corales en el Conservatorio "Steffani" de Castelfranco Veneto, y enseña Música Sacra, Técnicas de composición musical y Estética del canto gregoriano en la especialización de dos años del mismo Instituto. Colabora con la Oficina para la Liturgia de la Diócesis de Padua y está presente en cursos de formación (musicología, liturgia, espiritualidad).

“Como Introito de la Misa que conmemora “la Primera Misa”, podríamos esperar un canto... más Eucarístico. De hecho, en la práctica, aunque no faltan melodías para este texto paulino, o que hagan referencia a él, muy a menudo sucede que la elección del canto para el Introito de la Misa *In Coena Domini*, es un canto eucarístico, en un sentido general, en cuanto se canta ... al pan y al vino eucarísticos. Por otra parte nos decimos a nosotros mismos, ¿esta es la Misa en la que conmemoramos la institución de la Eucaristía, la primera Misa! Por qué entonces, la Liturgia nos ofrece un canto que aclama: “*Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo*”. ¡Un canto que proclama la Cruz como “nuestra” gloria!

Y no sólo canta a la Cruz como nuestra gloria, sino que además el acento, desde la primera palabra, se coloca sobre nosotros: *¡Nos!* Somos nosotros quienes estamos llamados a entrar en este sacrificio, para ofrecernos en este sacrificio, de tal manera de poder ser transfigurados en la gloria resplandeciente de Cristo, nuestra salvación, vida y resurrección.

En la noche de la Última Cena, con la Misa de la Cena del Señor, estamos entrando en el primer día del Triduo, estamos entrando en el viernes (en sus “*vísperas*”). Y con el Introito *Nos autem gloriari* ya cantamos la unidad profunda de esta “*Hora del Señor*”. Para caracterizar esta unidad ayuda la maravillosa melodía, elaborada en el modo 4, caracterizado, según los antiguos, como el modo “que no termina”, y que, por eso, es el más apropiado para la contemplación.

El modo cuarto tiene su nota final en MI. La cadencia que cierra la melodía pasa a través del Fa para descender al MI, en un intervalo de semitono: es una manera de terminar que parece nunca terminar. Se mantiene como en el aire, suspendido.

¡Y nuestro asombro crece cuando observamos que también el Introito *Resurrexi* del Domingo de Resurrección se construye en el cuarto modo! Este modo cuarto, un camino que no termina, una forma elemental de contemplación, une en un gesto único y profundo el primer canto del Triduo con el canto del tercer día del Triduo: ¡el canto del Triduo es un único canto maravilloso y singular!

Nos autem, por lo tanto, como primer canto del Triduo Pascual, nos ayuda a captar la unidad profunda del Triduo y a entrar en él. Lo hace al recibir este misterio en una contemplación interior e íntima que tiene en el “*Nosotros*” el tema principal.

La dimensión de “*Nosotros*” caracteriza la estructura completa de la antífona, pues:

* está presente en los cuatro versículos del Introito:

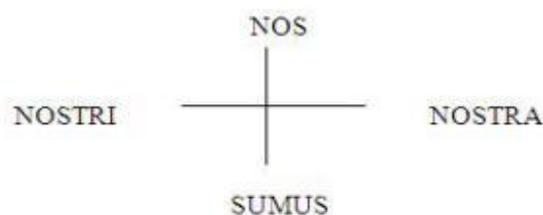
1. El “*Nos*” al comienzo del Introito;
2. El “*noster*” en la segunda línea, en el medio del santo nombre: *Domini nostri Iesu Christi*;
3. “*Nostra*” en la tercera frase;
4. Y, finalmente, en la cuarta frase, como sujeto del verbo “*sumus*”.

* está presente como primera palabra (*Nos*) y última palabra (*sumus*) del Introito, enmarcando toda la antífona.

* y, todavía, forma el *clímax* tanto en los agudos como en los graves: es el punto melódico más fuerte (la primera nota de *Nos*) y el pico melódico agudo de toda la antífona (en el “*nostrum*”).

1. “*Nosotros*” debemos gloriarnos [*Nos*: primera palabra y la más grave]
2. En la Cruz de “*nuestro*” Señor Jesucristo [*nostrum*: el más agudo]
3. En el cual está “*nuestra*” salvación, vida y resurrección,
4. por quien “*somos*” salvados y librados [*sumus*: última palabra].

El “*Nosotros*” por lo tanto, encuadra la antífona en el eje longitudinal y cruza en forma perpendicular el desarrollo melódico (con sus dos picos), como para formar una Cruz:



Nos preguntamos nuevamente por qué este “*Nosotros*”, que somos nosotros, es tan importante, ya que nos estamos dirigiendo a Cristo en este momento tan focal de su

misión. Este canto, con su entonación (*Nos autem*) nos lleva hacia dentro y a lo hondo, dentro de nosotros mismos, a la humildad de nuestra condición, con un movimiento de tres notas (*torculus*), que, partiendo de la nota más grave, se eleva un poco y luego se repliega sobre sí misma y dentro de sí misma.

Tomamos la invitación para ingresar en nosotros mismos, tanto hacia adentro como hacia abajo, porque cuando entramos hacia abajo y en lo íntimo de nuestra condición, encontramos a Aquél que entró hasta allí, que se abajó hasta allí: en nosotros.

Cristo ha descendido a nuestra condición, asume nuestra condición humana, pero nos transforma en él, porque en Él nos convertimos en partícipes de su vida divina.

Nuestro Introito canta de manera extraordinaria esta transformación, que es nuestra Pascua. De hecho, si nos fijamos en la segunda línea ("*nostrī Jesu Christi*") y al mismo tiempo observamos la tercera línea ("*vita et resurrectio*"), vemos que los dos enunciados del texto están revestidos con la misma figura melódica, con los mismos sonidos, en un impulso hacia los agudos, hasta el *climax* de nuestra pieza.

La palabra "*Nostrī*" se canta en las mismas notas de "*vita*"; y "*Jesu Christi*" en las notas de "*resurrectio nostra*". Jesús, que ha entrado en este "Nosotros" de manera tan radical, nos hace asumir su propia melodía, su propio canto:

The image displays musical notation for the Introit. At the top, a small box contains a melodic figure in square notation: [G4 - A4 - B4]. Below this, a larger box shows the first line of the Introit, labeled 'IN. IV'. The text 'N OS au- tem * glo- ri- á- ri opór- tet' is written below the staff. An arrow points from the melodic figure in the top box to the first note of the 'N OS' syllable. Below this, another box shows two staves of music. The first staff has the text 'nostrī Je- su Chri- stī,' and the second staff has 'vi- ta, et re- surréc-ti- o no- stra,'. Arrows point from the melodic figure in the top box to the first notes of 'nostrī' and 'vi- ta'.

Contemplemos cómo gramaticalmente “*nostrum*”, que es simplemente un atributo, queda enmarcado y protegido dentro del bendito nombre, *Señor ... Jesucristo*. ¡Porque el Señor es el Señor “nuestro”! Amparados en su santo nombre, alcanzamos en él el *climax* de nuestra antífona. Y cantamos el Bendito Nombre que nos recibió en su sacrificio para transformarnos a la luz de su gloria: él es nuestra salvación, vida, resurrección.

Por lo tanto, pidamos con el Salmo 66 (el versículo que sigue a la antífona) que “Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros y derrame su amor, porque conocemos su camino en la tierra”. El camino es la Cruz, nuestra gloria: *Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini nostri Jesu Christi, in quo est salus, vita, et resurrectio nostra, per quem salvati y liberati sumus.*”

2. Comunión: *Hoc Corpus*

Comm.
8.

H OC cór- pus, * quod pro vóbis tra- dé- tur : hic
 cá- lix nó-vi testaménti est in mé- o sán- gui- ne,
 dí- cit Dómi- nus : hoc fá- ci- te, quo- ti- escúm- que sú-
 mi- tis, in mé- am commemo- ra- ti- ó- nem.

Traducción literal: *Este (es) el Cuerpo que se entrega por vosotros; este es el Cáliz de la Nueva Alianza (hecha) en mi Sangre, dice el Señor. Haced esto cada vez que lo recibís en mi conmemoración.*

El Introito era nuestra voz cantando al Misterio de Cristo en nosotros. La comunión es la voz de Cristo que resuena en ese “hoy” de la Eucaristía como presencia continua de su obra redentora.

El texto es una verdadera reformulación del relato de Pablo a los Corintios (cfr. 1 Co 10,24, o cap. 11, según la versión), refiriéndose a la Última Cena.

La pieza comienza con la declaración del Señor: *Hoc Corpus (este Cuerpo que se entrega por ustedes)*. Desde el punto de vista musical, toda la primera frase es una bella construcción en torno al SOL, la Fundamental de este modo 8. Casi no se separa de este fundamento, alejándose sólo por alguna nota, pero volviendo inmediatamente a él. En ese fundamento está Cristo, su Cuerpo y su Sangre, musicalmente instalados. Por otra parte esta entonación señala una característica importante de esta pieza: la fuerza expresiva que toman los pronombres demostrativos *hoc, hic, hoc*. El motivo es muy simple: Cristo, en la Eucaristía, como se ve muy claro hoy con el lavatorio de pies, está llamado a “imitarlo”. Por eso están muy bien puntualizados estos pronombre y, musicalmente reciben un acento muy intenso, con distintos recursos musicales.

Tanto la presentación del Cuerpo como de la Sangre tienen la misma construcción musical que, partiendo del Sol, hacen un pequeño bordado con las notas que lo rodean, para volver, de modo muy firme y sereno -dado ese momento crucial de su vida-, para reposar en el Sol. En esta primera frase musical cada pequeño arranque siempre parte del Sol y desde allí, como una fuente, está siempre brotando como una fuente viva para quien quiera recibir su vida. Recién al final de la primera frase, para darle como un sello final, sube hasta el DO, la Dominante para proclamar en voz alta la garantía a lo que se ha dicho: “lo dice el Señor” (*dicit Dominus*).

En esta primera frase estamos ante el acontecimiento fundacional de la Nueva Alianza. El Señor lo confirma al referirse a su Sangre: *este cáliz de la “Nueva” Alianza es mi Sangre*. Como lo expresaba J. Ratzinger, la fórmula “Nueva Alianza” es la que utilizaban los profetas para anunciar esa vida nueva que Dios daría a su pueblo, grabando sus palabras en sus corazones. Con este matiz profético la ofrenda de Cristo no sólo realiza el sacrificio con el cual se sellaba la Alianza, como se encuentra en el Pentateuco, sino que también es el anuncio de los Profetas de la vida nueva en los corazones que supera el viejo orden de los sacrificios para presentar la Alianza del amor de Dios y los suyos.

De este modo esta primera frase, con su plena construcción en torno a la Fundamental Sol, tal como lo hará el triple Aleluya de la Vigilia Pascual, establece musicalmente la perfecta identidad de Cristo con su Cuerpo y Sangre eucarísticos. Y su garantía es su misma palabra: *dicit Dominus*. Sólo esta última expresión asciende a la resonancia principal, la Dominante DO, porque es sólo una expresión de aseveración de lo que está dicho sobre el SOL, donde está musicalmente Cristo.

La segunda frase, en contraste, se construye toda entorno y a partir de esa Dominante DO. Se trata de la “resonancia” del Cuerpo y la Sangre en aquellos que lo reciben. Como toda resonancia, es un reflejo de la nota principal, pero, a su vez, distinta. Se trata de la imitación de Cristo por parte de los suyos.

La traducción de esta segunda frase es compleja, como la presentamos arriba, y es esencial para la comprensión musical de la antifona. El texto latino dice: *hoc facite quotiescumque sumitis in meam commemorationem*, es decir: *haced esto cada vez que lo recibís en mi conmemoración*. Al decir: *haced esto*, qué está queriendo significar? No se trata simplemente de un mandato para repetir el rito. El “hacer esto”, en el marco de este gran texto de esta antifona eucarística, no es otra cosa que hacer lo que Cristo hizo: ofrecer su Cuerpo, derramar su Sangre. Aquí es donde nuestro pobre sentido simbólico no nos deja percibir más allá de lo que cae bajo una primera percepción: Cristo estaría pidiendo simplemente repetir este gesto ritual. Sin embargo quien lo dejó muy claro, sin dejar lugar a dudas, es el Evangelio de san Juan. Juan es, precisamente, el evangelista de los “símbolos” de Cristo. En la Institución de la Cena (cap. 13), que es como hoy se celebra, Cristo insistió a sus discípulos, especialmente a Pedro, que detrás de la Cena había un simbolismo mayor: su entrega al servicio de ellos. Y para eso Cristo se ciñó y lavó los pies de los discípulos. Es lo mismo que hace la liturgia de hoy, aclarando con sus gestos lo que se está celebrando. La Institución eucarística es símbolo del servicio, de la entrega de Cristo y, tal como le dice Cristo a los apóstoles:

«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» ¹³ Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. ¹⁴ Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los

*pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros.*¹⁵ *Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros (Jn 13).*

Por eso, pensar que al decir “haced esto”, se está refiriendo al rito, es no darse cuenta que el rito es otro símbolo más, que llama a la realidad significada: la entrega de sí. Por eso el *hoc facite*, que recibe una carga musical muy fuerte (en el DO y con detenciones), está diciendo: “Hagan esto: ofrecer el cuerpo como yo, y sellar la Alianza con la sangre, como yo”. Y es para esa entrega que se lo recibe (*quotiescumque sumitis*). Cada vez que se lo recibe es para hacer esa entrega, como Él la hizo. Es lo que dice el Papa Gregorio al terminar su teología eucarística en los *Diálogos*, al decir: “Haz celebrado los misterios, ahora imita lo celebrado. Es decir: han ofrecido la vida por ti, ahora tu ofrécela también; han derramado la Sangre por tu perdón, ahora perdona tú también; has vivido el misterio en la compunción, vive toda tu vida igualmente”.

Esto está musicalmente expresado con esa primera aclamación en el DO: *Haced esto*, que partiendo del DO, donde estamos musicalmente nosotros, baja en forma muy firme hasta el SOL, donde está Cristo. Después de ello la melodía sube rápidamente a su *climax* en *quotiescumque sumitis (cada vez que lo recibáis)*, que queda detenida en esa cadencia provisional DO-SI que, con su medio tono atenúa la estridencia de la expresión anterior que llegó hasta el MI agudo. Y a partir de ese SI comienza la cadencia definitiva de la pieza hacia el SOL donde está Cristo, su “conmemoración” (*in meam commemorationem*). En esa cadencia la melodía lleva lo “nuestro” en el DO y más allá, hasta Cristo, realizando, musicalmente ese Misterio de Comunión con Él. Y el camino es esa “imitación” a la que Cristo llama con ese fuerte llamado: *hoc facite*, que es lo mismo que decía a sus apóstoles después de lavarles los pies: *hacedlo también vosotros*.

La teología eucarística con la que el gregoriano presenta esta celebración de la Cena del Señor, y que impregna todo el rito de este Jueves Santo, podría decir que es muy paulina, como las antífonas. Sin embargo, como vimos, hacen una perfecta unidad con el relato de san Juan y el “lavatorio de pies”. Cristo está presentando, ante los ojos de sus discípulos, lo que se esconde detrás de lo que vivirá el Viernes Santo. No se trata

de un crimen. Es la ofrenda que Él hace de sí mismo, para la vida de los discípulos. Y cada vez que los discípulos hagan lo mismo, será Presencia de Cristo, será su conmemoración.